

CAPITULO CCI.

Nueva campaña.—Los españoles en Francia.—Consternacion de Paris.—Heróica defensa de tres mil españoles en Corbie.—
Desaciertos cometidos en Flándes.

La guerra era el único medio de satisfacer al cardenal Richelieu, que únicamente por medio de ella esperaba abatir el predominio de la casa de Austria.

Después de la victoria alcanzada en la Valtelina sobre las tropas del conde de Cervellon, un nuevo plan de campaña se le ocurrió al belicoso Cardenal que, aprobado por Luis XIII, iba á producir nuevos conflictos á España.

Exceptuando Flándes, en cuyo punto quiso permanecer únicamente á la defensiva, tanto en Alemania como en la Alsacia, en Milan y en la Valtelina, en Parma y el Franco-Condado, y hasta en las islas de Lerins, de las cuales una flota española se apoderó en 1633, había de encenderse el devastador hornillo de la guerra en que por el odio que el Cardenal profesaba á la dinastía austriaca, consumía gustoso los tesoros de la Francia, con tal de que España consumiese tambien los suyos.

Tal fué la campaña de 1636, en la cual se combatió en todos estos puntos á la par.

«Pero si bien las armas francesas, como dice Lafuente, consiguieron algunos triunfos en Italia, y hubiérase visto en peligro el Milanesado, cuyo gobierno se acababa de dar al marques de Leganes, si le hubiera ayudado con más decision el duque de Saboya, en cuyos intereses no entraba que dominaran los franceses aquel país, en cambio los imperiales y los españoles penetraron en la Picardia, tomaron importantes plazas y ciudades, é hicieron tales progresos, que pusieron en inquietud y alarma la capital misma del reino frances.»

A pesar de todo no se mostró en Italia del todo contraria la suerte á los españoles, siendo muy notable el triunfo obtenido por D. Martin de Aragon en la famosa batalla del Tessino, en junio de 1636, en la cual luchó contra un número infinitamente mayor de franceses.

Extraordinaria era entre tanto la consternacion que reinaba en Paris, llegando á tal extremo, que todo el mundo sin distincion de clases se aprestó para la defensa comun.

Dispúsose precipitadamente la formacion de un cuerpo en el cual habían de alistarse toda clase de personas, á fin de impedir que los españoles y los imperiales pasasen el Oise.

Los artesanos y mercaderes debían abonar una cantidad para atender á los gastos de la guerra; reforzaronse las barcas del Oise y fortificaronse los puentes.

Richelieu dispuso que se requisara un caballo de cada tiro de coche para la formacion de un cuerpo de caballería, sirviendo de soldados los lacayos y cocheros, y finalmente, tal era el pánico, que se recurrió á todos los medios más extremos para resistir á los enemigos á quienes se juzgaba con el propósito firme de atacar la poblacion.

Felizmente para los parisienses, los generales imperiales y españoles acordaron, en el consejo que al efecto tuvieron, no atacar la capital, por lo ocasionado á peligros de consideracion que podia ser semejante propósito, puesto que ignorando las fuerzas con que contaba la capital, y dejando á sus espaldas distintas plazas en poder del enemigo, era muy aventurado.

Así fué que prefirieron recorrer el país, posesionarse de varios fuertes y talar las comarcas que atravesaban.

Esto permitió á Richelieu excitar al príncipe de Orange á salir de la inaccion en que se hallaba, y reunir él mismo un ejército de treinta y cinco mil hombres que, bajo el mando del duque de Orleans, saliera á contener á los españoles.

Entónces éstos retiraronse de las cercanías del Oise y del Somme, dejando únicamente en Corbie un cuerpo de tres mil hombres.

Inmediatamente vióse este puñado de españoles cercado por cuarenta mil franceses, excitados por la presencia del mismo Rey, mas á pesar de esto, sostuvieronse por espacio de tres meses, resistiendo los continuados ataques del sitiador, cuyo ejército, diezmado por la peste, comenzaba ya á murmurar de tan porfiada empresa.

Tampoco libraronse de la funesta enfermedad los sitiados, y por fin, al cabo de aquel tiempo, muertos, enfermos ó heridos gran parte de ellos, abierta anchurosa brecha en la muralla, y sin esperanza alguna de socorro, hicieron una capitulacion tan honrosa, como fué la de salir con armas, bagajes, banderas desplegadas y tambor batiente, teniendo los vencedores que facilitarles carros para la conduccion de sus enfermos, de sus heridos, y de sus efectos.

Entre tanto, había continuado en Alemania la lucha entre los imperiales y los españoles contra los suecos y protestantes, y como quiera que en toda esta campaña no se aventurase ninguna batalla formal, pudo el emperador Fernando reunir en Ratisbona la Dieta, al objeto de dar á su hijo mayor la investidura de rey de Romanos.

No hubo dificultad alguna por esto, y Fernando Ernesto, que así se llamaba el hijo del Emperador, rey ya de Hungría, fué reconocido como tal rey de Romanos, sucediendo al poco tiempo á su padre en el imperio, bajo el nombre de Fernando III.

Veámos, entre tanto, lo que había sucedido en Flándes despues

de la muerte del archiduque Alberto, de cuyo suceso ya hemos hablado.

Su viuda la infanta de España, Isabel Clara Eugenia, continuó ejerciendo el mando, quedando en una situacion bastante comprometida, cuando con motivo de la guerra de la Valtelina tuvo que marchar el marques de Espinola, en virtud de la orden que para ello recibiera del Rey.

El conde de Berg, que tomó el mando de las tropas españolas, carecía de condiciones para puesto de tal importancia, y así fué, que en los primeros momentos de su mando se dejó arrebatar algunas plazas de los Países Bajos, y tan luégo como la Archiduchesa, fatigada con los cuidados del gobierno, hizo renuncia de todos sus derechos en favor de su sobrino el rey de España, el conde de Berg, dando un ejemplo de insigne deslealtad, tomó parte en una conspiracion que tenía por objeto sacudir de aquellos Estados el yugo del rey de España.

Reemplazó el marques de Santa Cruz al conde de Berg; el conde de Oppenheim vino de Alemania con veinte mil hombres, mas éste dejóse derrotar por el príncipe de Orange, y aquél, más dado á los placeres que á los importantes negocios de la guerra, ni supo impedir la derrota de los alemanes, ni hizo nada de provecho en defensa de los intereses que le estaban confiados.

Puesto ya en el camino de los desaciertos el gobierno español, con una torpeza inconcebible confió el mando de las fuerzas que operaban en Flándes á cuatro generales que alternaban semanalmente en el mando de ellos, y excusado es decir el resultado que había de dar semejante desacierto.

Al descalabro de ayer, sucedía el desastre de hoy, y ora se perdía una escuadra de noventa velas, destrozada entre las costas de Holanda y Zelanda por los holandeses, ora se perdía una plaza importante, ora quedaba derrotado un cuerpo de ejército, en el cual se habían cifrado grandes esperanzas.

Precisamente, en estos momentos que la corte de España no hacía mas que dar muestras de una falta de tacto político, fué cuando se trató de entablar negociaciones con los holandeses para llegar á una avenencia, tratos que el cardenal Richelieu desconcertó por completo, puesto que así le convenía, segun hemos dicho en otro lugar.

Por muerte de la archiduchesa Isabel, el marques de Aytona asumió, aun cuando provisionalmente, el gobierno del país y el mando del ejército, pero ni la capacidad de éste ni sus dotes militares eran á propósito para recuperar lo perdido y sostener lo que se poseía.

Y prueba de ello que entró en negociaciones con la reina María de Médicis y el príncipe Gaston de Orleans que, huyendo de las persecuciones del cardenal Richelieu habían ido á acogerse á Flándes, negociaciones que no trajeron más que nuevos compromisos, toda vez que, como dice Lafuente muy bien, era el príncipe de Orleans uno de los hombres más péfidos de su siglo, pues á la vez que andaba en tratos con el marques de Aytona y con la corte de Madrid, sosteníalos tambien de igual manera con el gobierno frances.

Urgente era á todo trance poner remedio á la situacion de los Países Bajos, enviando á ellos una persona de capacidad, de instruccion y de prestigio que, á la vez que mejorase las condiciones de la guerra, supiera tambien tomar acertadas medidas para el gobierno de aquellas provincias.

Entónces, el conde-duque de Olivares, receloso, como ya en otro lugar indicamos, de la influencia que el cardenal-infante D. Fernando, hermano del Rey y del arzobispo de Toledo, pudiera ejercer en Felipe IV, y teniendo en cuenta que en Cataluña y en Italia, donde había estado, dió repetidas pruebas de su prudencia y discrecion, decidióse enviarle á Flándes, tanto por alejarle de la corte, cuanto porque tambien los belicosos instintos del Infante llevábanle más hacia los campos de la batalla que á los reposados negocios de la Iglesia, á la cual, sin consultar para nada su voluntad, se le destinara.

Por esta razon, el joven Cardenal, para quien tal vez se había pensado en la dignidad pontificia, resultó ser, como ya hemos visto en la batalla de Norlinga, un consumado general.

Púsose al frente de un ejército, compuesto con los restos de aquellos famosos tercios españoles, y provisto de plenos poderes y acompañado de generales escogidos, marchó á Flándes, sorprendiéndole en el camino la demanda de auxilio del rey de Hungría, de que ya hemos hablado.

Ornado con el laurel de la victoria volvió el Cardenal-infante á Bruselas, en cuyo punto se encontró con la liga formada entre holandeses y franceses, de que hablamos tambien y con la declaracion formal de guerra que por escrito envió Luis XIII al infante español, por medio de un heraldo; declaracion que el infante hizo arrojar á la calle, haciendo fijar una copia de ella en una viga á cien pasos de la puerta de la iglesia.

En la guerra que estalló á consecuencia de esta declaracion, ayudó á los españoles el príncipe Tomas de Saboya, siendo á consecuencia de esto la entrada en Francia, de que más arriba se dió cuenta.



EL CONDE DE HARCOURT SE APODERA DE LAS ISLAS DE LERINS

CAPITULO CCII.

Campana de 1637.—El conde de Harcourt reconquista las islas de Lerins.—El marques de Leganes en el Monferrato.

DURANTE todo el periodo de que acabamos de hablar, las naves holandesas no cesaron de molestar nuestras posesiones de Asia y de Africa, especialmente las portuguesas, sujetas al dominio español, excitando al mismo tiempo á los naturales á que se sublevaran, lo que hicieron repetidas veces.

Los portugueses de Ceylan se vieron reducidos al último extremo á consecuencia de uno de estos levantamientos, siendo necesario todo el esfuerzo del valeroso capitán Jorge de Almeida para que volviese á ondear triunfante el pabellón español en aquella isla.

Al mismo tiempo nuestras flotas eran asaltadas por los buques holandeses, y nuestro propio dinero puede decirse que les servía para hostilizarlos.

Como que la campaña del año 1636 no se había mostrado muy favorable para los franceses, preparáronse éstos para la del siguiente año, haciendo un esfuerzo formidable.

Habiase peleado en ambas orillas del Rhin, en los Países Bajos, en Italia y en Francia, y en ninguno de estos puntos pudieron obtenerse triunfos de importancia para las armas de aquella nación.

Es más, el ejército español, imperial y flamenco había entrado en Francia, y amenazado á la capital, y aun cuando no llegó á atacarla, otros cuerpos de tropas españolas entraron por las fronteras de Navarra, y Bayona se vió en grave aprieto, y el almirante de Castilla llegó hasta la tierra de Labor.

Tambien los grisones, irritados contra los franceses, sus antiguos auxiliares y amigos, aliándose secretamente con los imperiales y españoles, lanzáronse sobre aquéllos y los arrojaron de la Valtelina.

Natural era que estos repetidos reveses, que con justicia se achacaban al cardenal Richelieu, produjeran cierta excitación en Francia, que, mostrándose de una manera harto sensible, obligaron al Cardenal á pensar en la paz, poniendo para ello como mediador al Pontífice.

Dados los pasos preliminares para ello, decidióse que se abriesen las conferencias en Colonia, donde fueron los representantes de Francia, Austria, el Pontífice y el gobernador de Flandes, mas como quiera que, tanto el imperio como España, opusieran grandes dificultades para que asistiesen los representantes de Holanda y de los príncipes protestantes, quedaron rotas las negociaciones, aumentándose con esto el resentimiento del cardenal Richelieu y del rey de Francia.

Con la pérdida de la Valtelina debía desvanecerse ya toda esperanza para el Cardenal frances de apoderarse del Milanesado, como sucedió efectivamente, y comprendiendo que tampoco podía defender al duque de Parma, dejóle que entrase en negociaciones con los españoles, mientras preparaba nuevo plan de campaña, que por aquel año al menos le dió excelentes resultados.

Levantó cuatro ejércitos, que habían de operar en la Alsacia, en la Champana, en el Franco-Condado y en Picardía, confiando los mandos al duque de Weymar, al mariscal de Chatillon, al duque de Longueville y al cardenal La Valette.

Al mismo tiempo, deseando recuperar las islas de Lerins, encomendó la expedición al marques de Harcourt, el cual aprestó una flota de cuarenta naves y veinte galeras, redujo á cenizas la ciudad de Orista, y á pesar de haberse defendido con un valor extraordinario los españoles, fueron perdiendo una por una todas aquellas posesiones.

Semejante resultado era natural que dejara satisfecho al Cardenal que, orgulloso con él, no dudó que las demas empresas habían de corresponder á la que, por decirlo así, había servido de inauguración de la campaña de 1637, y en su consecuencia ofreció su apoyo al príncipe de Orange.

Este le pidió que pusiese sitio á la fuerte plaza de Landrecy, y el cardenal La Valette pasó á realizarlo, mientras el Príncipe hacía los preparativos necesarios para el cerco de Breda.

Reducida la guarnición de Landrecy á doscientos cincuenta hombres y cincuenta caballos, no tuvo otro remedio que capitular, sin que pudiera socorrerla el cardenal-infante D. Fernando, ni tampoco auxiliar á Breda, porque necesitaba todas las fuerzas que tenía para defenderse de los holandeses.

Entonces escribió el Cardenal-gobernador una carta al Emperador describiéndole todo lo angustioso de su situación, y esta carta, interceptada por los enemigos, prestóles mayores ánimos para proseguir y apretar el cerco de las plazas sitiadas y lanzarse sobre otras.

El cardenal La Valette puso sitio á La Chapelle, la cual rindió casi inmediatamente el español D. Marcos de Leiva y Navia, en 20 de setiembre de 1637, causando tal indignación semejante proceder en el Cardenal-gobernador de los Países Bajos que mandó quitar la vida al inepto ó cobarde defensor de La Chapelle.

La plaza de Iboir y la ciudadela de Steroy cayeron tambien en poder de La Valette, mientras el mariscal de Chatillon se apoderaba de varias plazas en el Luxemburgo, el duque de Longueville rechazaba á Juan de Ubert y derrotaba á Carlos de Lorena en

la Alsacia, y el príncipe de Orange continuaba apretando cada vez más el cerco de Breda.

Un cuerpo de trece mil españoles que, bajo el mando del duque de Zamora y del conde de Cervellon, fué enviado al Languedoc, quedó derrotado por el duque de Halluin, perdiendo la artillería, bagajes, municiones y gran número de prisioneros, y con esto la campaña de 1637 fué completamente contraria para los españoles.

En ninguna de sus empresas estuvieron acertados; la suerte parecía haberles vuelto la espalda, y por más esfuerzos que hicieran para vencer á sus enemigos, sólo consiguieron quedar ellos completamente derrotados.

Todo el desaliento que tan repetidos reveses había de infundir en éstos, debía necesariamente causar mayor entusiasmo en los franceses, así fué que se prepararon para la campaña de 1638 con mayores ánimos, con más fundadas esperanzas y mejores elementos.

Pero la fortuna, como dama caprichosa, nególes sus favores, y halagando á los españoles tanto como ántes les perjudicara, fué para los franceses sumamente desastrosa.

En los Países Bajos, el de Chatillon consiguió apoderarse de algunas plazas y puso sitio á la de Saint-Omer en el mes de mayo; pero dos regimientos franceses quedaron allí acuchillados por el príncipe Tomas de Saboya, sin que pudiera escaparse un solo soldado.

Este desastre fué precursor de otros nuevos, y á pesar de que el Monarca frances escribió á Chatillon que no levantase el cerco de la plaza, porque estaba decidido á ir en persona á asegurar el resultado de la empresa, y por más que el Mariscal contestara con más sobra de arrogancia que motivos para justificarla, que no era necesario, ni el frances consiguió apoderarse de ella ni el Monarca fué á auxiliarle y alentarle con su presencia.

En vez de esto, y viendo el sesgo que tomaba aquella cuestion, el Rey envió órdenes á Chatillon para que alzase el cerco, porque temía comprometer todo su ejército, y él se dirigió hacia Picardía para intentar alguna otra empresa que reparase el descalabro sufrido.

La plaza de Herdin fué la elegida para esto, y en su consecuencia reunieron junto á sí las fuerzas que creyeron necesarias para el objeto.

Pero la noticia de que el Infante-gobernador de los Países Bajos había derrotado al príncipe de Orange, hizoles desistir de aquel empeño, limitándose á la toma de Chatelet, defendida por seiscientos españoles, que fueron inhumanamente acuchillados.

Mejor éxito alcanzó en la Alsacia el duque de Weymar, quien consiguió arrebatar á los imperiales algunas de las plazas que tenían en aquella provincia.

El duque de Longueville á su vez apoderóse tambien de algunas plazas de Borgoña, ocupadas por los imperiales, pero en cambio en Italia el valiente general español marques de Leganes se apoderó sucesivamente de Brema y de Vercelli, muriendo el mariscal de Crequi, que era uno de los mejores generales franceses, en el sitio de la primera de aquellas dos plazas.

No contento todavía el cardenal Richelieu con ver á las armas españolas é imperiales combatiendo á la vez en Italia, en Alemania y en los Países Bajos, determinó llevar la guerra á España, y para este efecto, reuniendo tres cuerpos de ejército bajo el mando del príncipe de Condé, en San Juan de Luz, dispuso el ataque de la importante plaza de Fuenterrabía.

Cercada por tierra, pudo surtirse de víveres y municiones durante algunos días la plaza por medio de barcas, que los conducían desde San Sebastian.

Pero pronto quedó inutilizado este recurso; una escuadra francesa bajo el mando del arzobispo de Burdeos llegó á impedirlo, y echando á pique otra flota que los españoles habían dispuesto para el auxilio de la plaza, fué á hacer más crítica la situación de ésta.

Mas no por esto se desanimaron los defensores de Fuenterrabía, por el contrario, aumentando sus bríos en la proporcion que arreciaba el peligro resistieron los repetidos ataques ordenados por el príncipe de Condé, y cuando el arzobispo de Burdeos, á quien últimamente se había encomendado el asalto, comenzaba á lisonjearse con el éxito de él, un ataque impetuoso dado por seis mil españoles bajo el mando del marques de Mortara llegó á tiempo de inutilizar su esfuerzo, terminando, por decirlo así, la campaña del año de 1638.

Habían forzado la línea, y entrando en el campamento y degollando á cuantos soldados encontraron á su paso, esparcióse el pánico entre los sitiadores que comenzaron á huir en todas direcciones.

El arzobispo de Burdeos no tuvo más remedio que dirigirse á sus naves lleno despecho al ver perdido lo que tan ganado contaba, mientras el príncipe de Condé, en su afán de escapar al peligro, para ganar más pronto la lancha que había de conducirle á la escuadra, entrábase aturdidamente en el agua.



TOMA DE TURIN.